

lanacion.com

El columnista invitado

Los desafíos que tiene América latina

Eduardo Luis Fracchia

Para LA NACION

Domingo 6 de setiembre de 2009 | Publicado en edición impresa

Noticias de Economía: anterior | siguiente

La recesión mundial está finalizando. Duró menos de lo que se preveía en el octubre negro de 2008. Sin embargo, el 80% de los países fue afectado y el desacople ha sido virtualmente nulo. La globalización una vez más es un hecho. Cada vez más, pensar la Argentina de los sectores, de la política, de la energía, de los recursos humanos y de la expansión empresarial es pensar la región. Otro enfoque sería autista. Para eso, recorramos en una mirada introductoria y parcial la realidad de América latina.

Los efectos del shock fueron importantes, sin duda, pero no comparables a la crisis de la deuda de 1982, ni al vodka del 1998. Abandonamos el ritmo sostenido de crecimiento para pasar sin escalas a caer al -2,6%. Descenso notable. Pero las cosas podrían haber sido peores. No hubo desequilibrios financieros en el proceso y da la impresión de que saldremos rápido esta vez con una expansión superior al 3% en 2010.

Gracias a lo transcurrido desde 2002 con fuerte viento de cola internacional queda un balance con sabor a década ganada. Son muchos, sin embargo, los temas para ajustar. La diversidad de un subcontinente con casi 500 millones de personas supone naturalmente agendas específicas por país.

Se abre, en nuestra hipótesis, una década de oportunidades para una región que cuenta, entre sus activos, con ser superavitaria en agua, energía y tierra cultivable. No hay conflictos étnicos; la democracia, por ahora imperfecta, se va consolidando, con las excepciones del caso. Brasil se fortalece en su liderazgo regional y cada vez es más sólido.

Pareciera que en la región aprendimos de las buenas y malas experiencias de los 90 y que ahora la macro está más sólida, con una calidad de gestión que se refleja en el manejo de los tipos de cambio, en el equilibrio fiscal con baja deuda pública, en la virtual ausencia de brecha externa. Se dispone de casi 500.000 millones de dólares en reservas, un stock de discutible utilidad (en todo caso, un segundo mejor, dirían los economistas) para cubrirse ante la falta de un sistema internacional de seguro de liquidez.

Entre las oportunidades, para ser optimistas, los análisis convencionales tienden a proyectar términos del intercambio favorables para el próximo decenio. Esto contradice la visión canónica sobre la relación entre precios de exportación y de importación. En realidad, la famosa tesis del más reconocido de los economistas argentinos, Raúl Prebisch, dejó de verse en la serie de tiempo aproximadamente a partir de su muerte. Desde mediados de los 80 el efecto Asia y otros factores influyen en la mayor demanda de alimentos y *commodities* en general y favorecen precios elevados para nuestros productos exportables. Es una buena noticia sobre todo si sabemos aprovecharla. Un riesgo de no hacerlo radica en querer beneficiarnos de modo distorsivo de la renta de los recursos naturales. En ese caso, la bendición de contar con ellos puede volverse maldición. La soja es un ejemplo de libro de texto para ilustrar un riesgo a nivel local.

Entre las debilidades, evidentemente, la región es una promesa inconclusa en muchos campos. Destacan la deuda social y la falta de competitividad. La primera cuestión se vincula con el segundo aspecto en forma estrecha ya que la pobreza cede como condición necesaria aunque no suficiente ante tasas de crecimiento asiáticas o chilenas, para ir al caso de la propia región. La pobreza era del 40% en 1960 y en 2010 estará en

torno a ese número. La distribución del ingreso se deterioró pasando el coeficiente de Gini del 0,47 al 0,51 en los últimos 50 años. Ambos datos son muy malos. Todos sabemos que la mayor inequidad a nivel regional en la comparación internacional no está ni en Asia ni en Africa, sino en América latina. Lo paradójico del caso es que en algunos países, como el nuestro, este brusco salto en la inequidad se produjo desde la llegada de la democracia, cuando se esperaría a priori un mejor reparto de la riqueza a partir de la mayor participación popular.

Para ser sólidos, es cierto que la calidad de vida ha mejorado en forma sustantiva desde el esplendor del desarrollismo en la región, en la década dorada de los 60. En América latina se vivía por entonces 55 años y ahora, 73. La mortalidad infantil promedio pasó de 150 muertes por cada 1000 nacidos vivos en 1960 a aproximadamente 25. Dos números contundentes, pero el mundo mejoró todavía más.

En relación con el segundo aspecto los estudios más reconocidos por el empresariado en el campo de la competitividad señalan un abanico de cuestiones para mejorar asociadas a calidad institucional, reforma del Estado, innovación, educación, tecnología, mercado de trabajo, entre otros factores. Estos estudios de naturaleza sistémica, liderados por el WEF (Foro Económico Mundial) advierten sobre numerosos puntos de mejora para la región y contrastan el experimento chileno con el resto.

Entre los factores que más se destacan en el análisis del WEF, se encuentra el de combatir la corrupción. Esta distorsión del sistema social ya se ha llevado varios presidentes de la democracia latinoamericana o los ha aislado de la política. Claramente no puede ser vista como hasta los años 60 en las ciencias políticas como "grasa o lubricante" funcional al sistema social. Es un lastre para el desarrollo que aparece en diversas modalidades de clientelismo, enriquecimiento ilícito, complicidad del sector privado y tantas otras distorsiones. Es un expulsor claro de la inversión internacional y pone en riesgo el funcionamiento mismo de la democracia republicana.

Competitividad

El análisis de estos indicadores de competitividad sistémica es muy atractivo para repensar en la agenda de mediano y largo plazo. Señalamos, a modo de comentario final, como si tuviésemos una sola bala, un desafío clave para la región.

La necesidad de una mayor inserción internacional es obvia, dada nuestra condición "provinciana". Hemos progresado mucho, sin haber caído, en la última crisis, en la tentación del proteccionismo, pero sin llegar aún a un estado de genuino regionalismo abierto. Los bloques están a media máquina. En particular, nuestro Mercosur ha dejado hace tiempo de ser un proyecto movilizador para empresarios, intelectuales y políticos. Deberíamos tener una posición mucho más activa y dinámica para colocar productos de exportación. Hoy son de base primaria, pero existen nichos actuales o potenciales para otros bienes transables o servicios con mayor valor agregado. De modo natural como patrón destacable se está dando mayor comercio con China que era el cliente undécimo en 1990 y hoy es el cuarto.

Volviendo a Prebisch, ha llegado la hora de la periferia o, mejor dicho, de las periferias, porque la realidad de los países emergentes no es homogénea. Esperemos, esta vez, poder aprovechar la bonanza de la postcrisis para consolidar el crecimiento para América latina.

El autor es director del Area Economía del IAE-Universidad Austral.

El próximo domingo: *el columnista invitado será Nadin Argañaraz.*
